

NOTICIAS DE LIBROS

AZIZ AHMAD: *Islamic Modernism in India and Pakistan 1857-1964*. Published for Chatham House, by Oxford University Press, 1967, 294 págs.

El objetivo de este volumen es dar a conocer al público occidental el pensamiento político y religioso de la India islámica y el Pakistán desde 1857 hasta ahora. Los principales capítulos están dedicados a exponer la larga batalla entre el modernismo y la ortodoxia, es decir, si la ley islámica, que también determina las instituciones políticas, debe continuar rechazando toda aportación extraña limitándose a las cuatro fuentes tradicionales ortodoxas (*Quran, hadís, ijma, qiyas*), o bien si debería reinterpretar las primeras dos fuentes y transformar las dos últimas y llegar a ser el vehículo de las modernas nociones legales y políticas.

El más decidido desafío al tradicionalismo lo representan las devastadoras consecuencias del motín de 1857-8 fecha por la que comienza el autor el análisis de las corrientes ideológicas aportadas. En el discurso del trono de 1859 la reina Victoria proclamaba la amnistía general y el 28 de julio de dicho año se congregaban en la mezquita de Delhi quince mil musulmanes para agradecerse. En esa oportunidad Sayyid Ahmad Jan se reveló como el dirigente de una comunidad desmoralizada y derrotada para la que no veía más solución que la apertura a la izquierda, el lealismo en política y la modernización de sus instituciones. Hasta su muerte, en 1898, se dedicó a

esta tarea de modernización impulsando especialmente la enseñanza. En el capítulo 2, dedicado a este precursor, se estudian minuciosamente sus puntos de vista, que señalaron la aparición del modernismo islámico en el subcontinente indo-pakistaní.

El capítulo 3—«consolidación del modernismo especulativo»—trata de las tendencias que continúan la obra de Ahmad Jan: radicalismo de Chiragh Ali y modernismo antitradicionalista de Muhsin al Mulk. La principal diferencia entre Sayyid Ahmad Jan y Mushin al Mulk, fallecido en 1907, es el concepto de la ley natural, que para el primero es inmutable. Aziz Ahmad dedica también la atención al movimiento feminista de Mumtaz Ali, que fue el fundador de la corriente de emancipación de la mujer musulmana, predicando la completa igualdad entre el hombre y la mujer.

Tras un estudio de las ideas de Shibli Numani, Amir Ali y Hali, verificado en el capítulo 4, pasa al análisis del resurgimiento tradicionalista, deteniéndose especialmente en el neotradicionalismo surgido de los contactos con el Hijaz, facilitados por la navegación occidental del Océano Índico desde el principio del siglo xvii, que habían trasplantado a la India la disciplina de los estudios especializados de *hadís*. Los Ahl-i Hadís aceptaban el corpus completo de los *hadís*

del Profeta como genuinos y rechazaban el escepticismo especulativo de los modernistas Aligarh «que carecían de capacidad para determinar los *hadis* correctos, mediante comparación científica, de los incorrectos». Se ocupa, después, del movimiento panislámico en relación con el Califato otomano, entre 1870 y 1924, período de gran trascendencia por las diversas corrientes en que se escindía la opinión ante los acontecimientos sucedidos en el mundo musulmán: ocupación francesa de Túnez y Marruecos, ocupación italiana de la provincia otomana de Libia, guerra de los Balkanes, primera guerra mundial, guerra greco-turca, etcétera, que afectaban fundamentalmente a la actitud de los musulmanes indios respecto al Gobierno británico en su país.

El capítulo 7 está dedicado a Muhammad Iqbal (1875-1938) cuya figura domina el pensamiento político y religioso islámico durante el siglo xx de forma análoga a como Sayyid Ahmad Jan lo fue durante el xix. La génesis de Pakistán, partiendo de las teorías de Iqbal, se expone en el siguiente capítulo indicando la teoría de Muhammad Ali Jinnah sobre «las dos naciones» formulada por vez primera, en octubre de 1938, en una sesión de la Liga Musulmana del Sind. Esta teoría fue completamente elaborada por Jinnah en 1940 partiendo de la base de que el hinduismo y el Islam «representan dos distintas y separadas ci-

vilizaciones». Abul Kalam Azad (1888-1958), al que se dedica el capítulo 9, complementa ciertos aspectos del pensamiento religioso de Iqbal, aunque en otros, como la exégesis del Quran, sea discrepante. Azad ejerció notable influjo en relación con la política de los musulmanes indios, especialmente con su teoría de la participación musulmana en el nacionalismo indio, cuyos elementos componentes son expuestos por Aziz Ahmed en el capítulo siguiente, mientras que el 11 se dedica a las tres teorías del socialismo islámico. Termina este volumen con dos capítulos muy sugestivos: «El dilema del modernismo y la ortodoxia en Pakistán» y «las tendencias del Islam en la India». Se trata de una obra muy valiosa que descubre las profundas corrientes del pensamiento político vigente en el orbe islámico «cuyas reacciones hacia el occidente son, simultánea y continuamente, de atracción y repulsión. El liberalismo occidental es causa de atracción; su colonialismo, neocolonialismo e insularidad parroquial son las razones de su repulsión. ¿Cómo conciliar—dice Muhammad Husayn Haykal—los dos espíritus contrarios, la libertad y la colonización? Es difícil de concebir». Por esto, la obra de Aziz Ahmad ayuda poderosamente a la comprensión de las relaciones entre el Occidente y el mundo islámico, tan importantes para el futuro de la humanidad.

J. C. A.

ENRIQUE RUIZ GARCÍA: *El Tercer Mundo*. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1967. 281 págs.

Cuando en julio de 1956 los gobernantes de Egipto decidieron nacionalizar el Canal de Suez, la mayor parte de la historia del mundo entró en una nueva Era; es decir, la que iniciaba la liquidación de la colonización y del que fue llamado «imperialismo histórico». Lo más curioso de aquel fenómeno fue que en los primeros momentos no se advirtiese su futura impor-

tancia. Fue desde entonces cuando quedó modificada la estructura de las influencias y las alianzas, pasando a la Unión Soviética y a los Estados Unidos los poderes de decisión en las mayores áreas internacionales. Sin embargo, a la vez quedó demostrado que los pueblos ex colonizados podían llegar rápidamente a ocupar el primer plano en la política mundial. Washington y

Moscú se han encontrado con mayores responsabilidades, aunque no con mayores hegemonías, y así no sólo han podido evitar (sino que han acelerado) fenómenos como la aparición de la presión de China y el crecimiento de la tensión en Hispanoamérica.

Cuando ahora se recuerda todo lo ocurrido desde el primer choque violento de Suez en 1956, se ve cómo el «estudio y revisión del comienzo de aquel proceso y sus jornadas sirve para demostrar el paso inexorable del tiempo». La derrota militar y política de Francia e Inglaterra ratificó el fin del colonialismo y la presencia imperiosa del Tercer Mundo que el anterior 1965 se había iniciado en Bandung.

Enrique Ruiz García, que ha actuado como experto en varios organismos internacionales y enseñado en varias universidades hispanoamericanas, ha escrito una obra en la cual presenta con la mayor claridad de exposición y el mayor empeño en mostrar la amplitud de los temas, el panorama total de las características socio-económicas de las regiones subdesarrolladas y las llamadas «naciones proletarias». No se trata de un libro más sobre el Tercer Mundo; sino que «es el libro del Tercer Mundo» por lo completo y lo manejable. A lo largo de sus capítulos se dedica una atención especial a la evolución política-revolucionaria de los pueblos que se sentían oprimidos, desde el año 1927, hasta los efectos de la palestina guerra de los Seis Días en junio de 1967. Todo lo

cual llega al epílogo de las perspectivas amenazadoras que ofrecen las contradicciones entre el desarrollo económico y los resabios neocolonialistas, entre las ayudas internacionales y el gigantesco despilfarro del rearme.

Uno de los aspectos más curiosos del libro de Enrique Ruiz García es el que sus capítulos comienzan con la evocación del día 1 de enero de 1789, en que Luis XVI convocó en París los Estados Generales. El tercer orden, es decir, el Tercer Estado, representaba entonces el ensanchamiento de la burguesía, pero se apoyaba, sobre todo, en la conocida frase del abate Sieyès: «¿Qué es el Tercer Estado? Todo. ¿Que ha sido hasta el presente? Nada». De aquel mismo arranque y de sus contradicciones nació la expresión «Tercer Mundo», según el antecedente de Alfred Saury, que cita Enrique Ruiz García. Ahora, en 1968, el conjunto de los pueblos del Tercer Mundo (que también pueden caracterizarse como naciones proletarias), aparecen con una expresión y una tendencia a la ampliación del contexto burgués del Tercer Estado; ampliación extendida a un conjunto de gentes angustiadas y descontentas que representan los dos tercios de la Humanidad. La lucha por el bienestar de esa mayoría tiende a la supresión o disminución de la hegemonía de las naciones y sociedades aventajadas. La lucha por los estatutos sociales igualitarios se ha trasladado a las relaciones entre las naciones desventajadas y las fuertemente industrializadas.

R. G. B.

RAIMONDO LURACHI: *Histoire du colonialisme*. Collection Marabout Université. L'Inter. París, 1967. 312 págs.

Es muy curioso el hecho de que la palabra «colonialismo» haya alcanzado su mayor difusión precisamente cuando se iniciaba su decadencia. Por esto la actual desaparición del sistema colonial en sus diferentes formas está siendo acompañada por una gran

variedad de polémicas. En todas ellas el aspecto más positivo suele ser la convicción general de que es necesario difundir y resumir lo esencial de un sistema que se está acabando antes de que se borre del todo. Y conviene evaluar lo que fue en el pasado para

dejar una visión exacta a las nuevas generaciones de estudiosos que pronto sólo conocerán lo colonial por sus efectos indirectos.

Realmente la mayor urgencia de resumir los aspectos salientes en la que fue trayectoria del colonialismo, no consiste en el deseo de recoger un período que está a punto de cerrarse en la historia universal, sino en el hecho que del colonialismo se ha desprendido ahora el neocolonialismo, que es mucho más enrevesado. A ese deseo de recoger a la vez las grandes líneas de la evolución pasada y la transición presente, responde el libro *Histoire du Colonialisme*, de Raimondo Luraghi; se trata de una obra hecha inicialmente en Turín con el título «Ascesa e tramonto del colonialismo» y divulgada después desde la colección «Marabout université», que se publica en Bélgica. Es un manual con propósitos de iniciación y divulgación, pero acompañado por un conjunto bibliográfico y de referencias. Su plan responde al deseo de presentar la era colonial en visión total, y dentro de dicho plan coexisten los aspectos negativos con los positivos. Negativos y recusables son los términos duros en que se refiere a la creación española de Hispanoamérica. Positivo es, en cambio, el empeño que Luraghi pone en establecer una metodología para el estudio

de unas materias que suelen presentarse sueltas.

Un aspecto curioso en el conjunto de la obra y la sucesión de sus capítulos es el papel que se atribuye a los descubrimientos, las colonizaciones y las independencias de los países del continente africano. Por ejemplo, se señala que, de hecho, el colonialismo de la Edad Moderna comenzó cuando las costas de Africa negra entraron en la geografía, y ahora el sistema del colonialismo se está extinguiendo cuando los últimos territorios negros toman formas nacionales. Desde que en 1945 las naves portuguesas encontraron las bocas del río Senegal, hasta el 1967 en que fueron creados los estadios de Botswana y Lesotho, hubo un ciclo completo. Dentro de él, Raimondo Luraghi pone como etapas intermedias las evoluciones de los países que se formaron, transformaron o renovaron en Oriente Medio, Asia Oriental y otros puntos.

Al final del libro se comprueba que su propósito central y el eje de su exposición consiste en presentar «los contrastes» entre la civilización europea y las otras; con el deseo de que los europeos estudien la historia desde una perspectiva mundial, en la cual el colonialismo aparece como el fenómeno más extenso y completo.

R. G. B.

THEODOR VEITER y FRIEDRICH KLEIN: *Die Menschenrechte*. Wien, 1966, Braumüller. 406 págs.

El problema de los derechos humanos se ha hecho universal desde la Declaración hecha en 1948 por las Naciones Unidas. Será de carácter más bien teórico, pero su amplitud y el impacto que ejerce directa o indirectamente en la vida de diferentes países es considerable. Su fuerza es más bien moral, ya que no obliga a proceder en un determinado sentido a los países miembros de la O. N. U.

Desde las posiciones puramente eu-

ropeas, disponemos de la Convención de los Derechos Humanos de 3 de septiembre de 1953, indudablemente de más importancia práctica que la Declaración general de la O. N. U. Los diferentes movimientos migratorios a través de Europa encuentran en ella un instrumento de posible protección, aunque no en todos los países, signatarios de la Convención, tiene la misma validez. En Alemania o en los Países Bajos ésta ha sido elevada al rango

jurídico-constitucional, Francia y Suiza no la firmaron y puede que este último país lo haya hecho así por no disponer la mujer suiza del derecho de voto. En otros países se observa o no, según las circunstancias políticas. Italia, por ejemplo, tiene un grave problema con la minoría nacional austríaco-germana del Tírol.

En todo caso, la Convención europea es la primera institución supranacional. Si el ciudadano de un país no encuentra justicia en su propio país,

puede recurrir a organismos supranacionales. Históricamente hablando, la Convención expresaría los continuos esfuerzos de la existencia europea en este terreno. A la hora presente, en el momento de federalizar al continente, la Convención bien pudiera formar una pieza fundamental en el futuro orden jurídico paneuropeo. Es un paso importante y merece la debida atención por parte de los actuales y futuros forjadores de la unidad de Europa.

S. G.

GUY HÉRAUD: *Die Wölker als die Träger Europas*. Wien, 1967, Braumüller. 208 págs.

Después del original francés (París, 1963, «L'Europe des Ethnies», Presses d'Europe) y de la edición italiana en 1966 («Popoli e lingue d'Europa») acaba de publicarse en alemán una obra que, desde el punto de vista de la comunidad europea de pueblos y en vista de la posible unidad política y económica del viejo continente, merece la máxima atención entre los internacionalistas.

El general De Gaulle será europeísta preconizando la unidad continental en virtud de su «grandeur» personal y francesa en forma de la Europa de las patrias, sin tener en cuenta que esta tendencia puede provocar aún más problemas en lugar de solucionar los presentes. Hay Estados artificiales, multinacionales, en cuyo seno viven forzosamente naciones, pueblos, grupos étnicos o minorías nacionales, pero este hecho es olvidado, hasta ignorado intencionadamente, en la política del presidente francés. Por ello acogemos con

satisfacción el que un autor francés verse sobre la problemática que forma parte de la existencia misma de Europa.

A pesar de ciertas imprecisiones terminológicas acerca del concepto de lo étnico, minoría nacional, pueblo, folklore, etc., a un observador imparcial le convence por sí mismo ya la idea analizada por el autor que, a su vez, intentó revisarla según las respectivas ediciones. En todo caso, es partidario de un federalismo europeo sobre las realidades étnicas, en contra de la concepción gaullista. La presente obra no cumple su misión, pero al menos plantea un problema vital para el porvenir europeo, incluyendo el de los pueblos del campo ruso-soviético, donde radica el auténtico peso de la cuestión y, por tanto, de su solución. Es preciso un análisis mucho más profundo de esta realidad.

S. G.

JEAN LAFFAY: *¿La era comunista?*: Valencia, 1967. Fomento de Cultura. 247 páginas.

Siguiendo la línea de la coexistencia pacífica, han nacido en Occidente algunas (supuestas) teorías, según las cuales el actual desarrollo de la Humanidad culminaría en un estado de síntesis—entre capitalismo y socialismo—. Según los teóricos soviéticos y marxistas, la transición del capitalismo al socialismo se sintetizaría en forma de advenimiento del comunismo, profetizado, en su tiempo, por Nikita Jruschov, para el año 1980. Los actuales dueños de la Unión Soviética se muestran más realistas y, por ello, no señalan fechas concretas, pero sí insisten en la inevitabilidad de su establecimiento en todos los países del mundo. De ahí la pregunta si el porvenir es del comunismo.

Desde el punto de vista histórico la existencia del régimen soviético es obra de Marx y Lenin. Jruschov podría ser el tercer personaje. Sin embargo, las pruebas no responden a los deseos. Porque el fundador del régimen soviético es Lenin; constructor del socialismo en un solo país, Stalin; continuador de ambos, Jruschov. En todo caso, la aparición de cualquiera de esos personajes respondería a las contradicciones implícitamente dialécticas. Jruschov sería, a nuestro juicio, la más pura síntesis de Lenin y Stalin. El marxismo es algo diferente, por su fondo «ecuménico» como corriente filosófica.

Uno de los objetivos más inmediatos consistiría, para los soviéticos, en un acelerado proceso de industrialización de la Unión Soviética con el fin de independizarse económicamente respecto del exterior. Diríamos aún más: para imponer sus criterios en las relaciones internacionales tanto comerciales como políticas. Es interesante señalar que «la U. R. S. S. rechaza el principio de ventajas recíprocas, preconizado por el Gobierno norteamer-

icano, para no comprometerse en servir a la causa del capitalismo». Autarquía para la economía interior y monopolio para el comercio exterior, según el sistema de planificación central.

En el momento de haber logrado dislocar la economía capitalista en el mundo, la U. R. S. S. tendría, en efecto, como misión la «edificación de una economía mundial socialista como una entidad única». El Londres del siglo XIX se constituiría en Moscú del siglo XXI (?), porque las aspiraciones moscovitas son inconfundibles. Desde el punto de vista de la integración económica regional o internacional, el C. O. M. E. C. O. N. está mucho más lejos que el Mercado Común Europeo. En el C. O. M. E. C. O. N. se impone el criterio soviético de planificación centralizada, fenómeno que en la Europa Occidental sólo empieza a tenerse en cuenta como posible factor, entre otros más, del futuro proceso de integración. El C. O. M. E. C. O. N. estará más lejos que el M. C. E., pero incluso en cuanto a resultados negativos. Un país crea una industria pesada sin tener presupuestos para ella. Los errores de cálculo y previsión obligan a la Unión Soviética y a sus aliados a proceder a reformas económicas y seguir propugnando la coexistencia con el mundo capitalista política y económicamente.

Sin reivindicar para sí el derecho de objetividad, es imposible, a pesar de todo, creer en que el futuro del mundo pudiera ser del comunismo. Ignorando los fallos del socialismo en la conquista del globo, los «soviets» continuarán coexistiendo con el capitalismo para hacer uso de sus adelantos tecnológicos. Pero el auge alemán o el japonés y la disidencia china pueden cambiar el rumbo de las pretensiones comunistas.

S. G.

HANS HORSTER: *Die sowjetische Wirtschaft als Mittel der Politik I: Ursprung-Entwicklung-Stand*. Bonn, 1967. Studiengesellschaft für Zeitprobleme. 118 páginas.

Die sowjetische Wirtschaft als Mittel der Politik II: Wirtschafts-geographie. Bonn, 1967. Studiengesellschaft für Zeitprobleme. 127 págs.

Si es verdad que el poder militar de un país depende de su desarrollo económico, indudablemente éste influirá en la política tanto nacional como internacional. La U. R. S. S. ocupa hoy día el segundo lugar como potencia militar y también como factor determinante de la política internacional. Hasta cierto punto Lenin y Stalin, aunque con diferentes métodos, acertaron en fortalecer la potencialidad bélica de los «soviets» a base de un acelerado proceso de desarrollo económico, porque el Estado, en tal caso, está por encima del individuo. Stalin había formulado este principio con toda claridad: un mínimo para el pueblo, un máximo para el Estado. Es decir, la función de la economía no consistiría en asegurar el bienestar, sino en convertirse en un instrumento político. Y de acuerdo con los principios fundamentales del marxismo-leninismo: El Estado soviético se ocupará de que sus fuerzas armadas sean poderosas y dispongan de los más modernos medios para la defensa de la patria (armas atómicas, termonucleares, cohetes de toda clase, flota, etc.).

La situación actual de la U. R. S. S. y su proyección hacia el exterior quedan definidas en el nuevo programa del P. C. U. S., de 1961, adoptado en el curso del XXII Congreso, porque agudiza hasta las últimas consecuencias la importancia del desarrollo económico bajo el socialismo con vista a preparar los presupuestos para la «construcción» del comunismo. La creación de las bases técnico-materiales es imprescindible, según los ideólogos y economistas soviéticos. Durante el primer decenio 1961-1970 la U. R. S. S. se propuso superar a los Estados Uni-

dos, el más poderoso y rico país del capitalismo, en la creación de dichas bases y en cuanto a la producción *per capita*; el período de 1971 a 1980 estaría destinado a preparar los medios necesarios para garantizar la oferta a toda la población de más de lo que necesite en bienes materiales y culturales; el siguiente período se dedicaría al perfeccionamiento y a la terminación de la obra de comunización de la sociedad soviética. El año 1980, fijado por Jruschov como fecha de advenimiento de la era comunista, no parece estar a la altura de las circunstancias, ya que sus sucesores, Breshnev y Kossiguin, no la toman en cuenta admitiendo, por tanto que la retórica de Jruschov no tiene nada que ver con las realidades. Sin embargo, ello no quiere decir que hayan abandonado la idea de construcción del comunismo, ni mucho menos, ellos sólo pretenden no comprometerse excesivamente con promesas. El programa de 1961 sigue en vigor.

El autor estudia los fenómenos de la situación económica y del proceso de desarrollo de la U. R. S. S. desde los horizontes históricos (las Rusias de los zares) hasta la actualidad, localizando al mismo tiempo los immanentes problemas, como son economía planificada y economía de mercado, las nuevas reformas, métodos, límites y organización. Sin embargo, de mucho más interés es la magistral exposición sobre la geografía económica haciendo constar los siguientes factores que concurren en el desarrollo económico y militar de la Unión Soviética: 1) país y población; 2) las principales ramas económicas, energía, materias primas, industria de elaboración, eco-

nomía agrícola y forestal, y 3) las principales regiones de radicación industrial: *parte europea*: centro, noroeste, Ucrania, Volga, Cáucaso y los Urales; *sector asiático*: Siberia occidental y oriental, Extremo Oriente, Asia central y Kasakstán; países satélites: Polonia, Alemania oriental, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria y Mongolia exterior. Hecho bien conocido es la explotación de los Estados miembros del C. O. M. E. C. O. N. por la Unión Soviética, cuya política exterior es, a pesar de algunas excepciones, la propugnada y realizada por el Kremlin.

Por cierto, nadie desconoce el desarrollo económico de la U. R. S. S., tampoco su fuerza bélica o la carrera espacial. Pero son, en realidad, pocos

los que conocen a fondo la naturaleza del fenómeno soviético, primordialmente a expensas de la persona humana. Son generosas las estadísticas oficiales soviéticas en ofrecer datos y cifras de toda índole, usándolos como medio de propaganda con el fin de influir psicológicamente en el desarrollo de otros pueblos, especialmente del Tercer Mundo, a favor del régimen moscovita. Unos 350 millones de personas contribuyen al auge económico, tecnológico y científico, asimismo al fortalecimiento del poderío militar de los «soviets». El conflicto con Pekín frenará considerablemente la realización de sus planes en el exterior, pero de ninguna manera en el interior.

S. G.

Polish Western Affairs. Poznań. Vol. VIII, nº. 1/1967. Institute for Western Affairs. 206 págs.

La insegura posición geográfica e internacional de la Polonia comunista sigue siendo el problema principal para Varsovia. Politólogos, sociólogos, internacionalistas, historiadores o economistas polacos continúan removiendo cuanto se les brinde en fuentes y documentos de toda clase para justificar la actual situación del país ante la Historia y el mundo occidental. A este fin existe en Poznań un Instituto dedicado única y exclusivamente a asuntos «occidentales». La cuestión alemana figura en primer lugar. La coexistencia pacífica entre Este y Oeste es defendida sin compromisos sobre la base del orden europeo creado a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una postura intransigente *in extremis*, con pocas probabilidades de éxito a largo plazo.

Cuatro estudios de la presente publicación (semestral) constituyen la mitad del material ofrecido: Z. Novak se refiere a las premisas económicas y políticas del comercio entre Este y Oeste; W. T. Kowalski recoge el fondo político en las relaciones entre las po-

tencias occidentales y Polonia durante los años 1945 hasta 1947; J. Sobczak vuelve a la segunda Guerra Mundial con una exposición sobre la colonización del grupo étnico alemán a través de los territorios polacos fuera del «General Government», que los nazis habían incorporado al Tercer Reich después de la guerra de otoño de 1939, volviendo a restablecer la frontera germano-polaca de antes de 1918, incluyendo a la ciudad de Poznań. Por último, los intentos de una unión entre Austria y Alemania, de 1918-1919, corren a cargo del trabajo de J. Kozeński.

La segunda mitad se reduce a notas, discusiones y crónica relacionadas con los problemas que tocan a la existencia polaca. A través de este número el interesado adquiere una idea perfecta sobre la actividad desarrollada por el Instituto de Asuntos Occidentales, de Poznań, desde el año 1960 en que empezaron a publicarse con regularidad los cuadernos de «Polish Western Affairs».

S. G.

JOHN H. MACCULLUM SCOTT: *Experiment in Internationalism*. George Allen and Unwin, Ltd. Londres, 1967. 223 págs.

Todo el mundo ha oído hablar alguna vez, sin duda, de la Internacional Socialista o de la Internacional Comunista, pero, ¿también de la Internacional Liberal? Apenas haría falta otra cosa que una pregunta como la que surge de manera inevitable al advertir que el «experimento en internacionalismo», que es tema, sin duda, muy importante, del libro de Mr. MacCullum Scott, es única y exclusivamente la historia y el elogio del liberalismo político como un movimiento internacional que ha llegado a tener un desarrollo a la vez grande y prometedor.

Es una actitud ampliamente justificada en quien figura, es presentado, como «responsable en gran parte de la creación de la Internacional Liberal y que sirvió como su secretario general hasta 1957», pero con limitada fuerza de convicción. Tuvo el liberalismo su gran hora de poder, de influencia, de un esplendor incluso que más de una vez se siente una tendencia tan espontánea como irresistible a asociarlo de alguna forma con el desarrollo de la teoría y la práctica del poder político en el Imperio Británico. Y el hecho de que el liberalismo como fuerza política organizada se haya eclipsado en Inglaterra con David Lloyd George, a poco de terminada la primera Guerra Mundial, ¿no tendrá relación alguna, por indirecta que sea, con la sensación un poco desoladora de los partidos liberales de más de un país por surgir vigorosamente al panorama de la acción, tanto en un plano nacional como internacional?

En alguna que otra ocasión pudo parecer que, ciertamente, el momento era oportuno. El liberalismo, cuando no los partidos liberales, se imponía a los gobiernos por la fuerza de los acontecimientos, advierte Mr. MacCu-

llum Scott, al recordar con evidente satisfacción las palabras de Roger Motz, un político liberal que bien pudiera ser más recordado hoy de haber sido inglés en vez de belga: «Nous sommes condamnés à la liberté». El concepto liberal parecía imponerse en todo y para todo, pues los «conservadores—observa este político inglés—se veían empujados a la adopción de la economía liberal y los socialistas a la adopción de una política social liberal».

Pero para que la Internacional Liberal traída a la realidad del mundo de la posguerra con un manifiesto emocionante, el salido de la conferencia de Oxford, celebrada en abril de 1947, tuviese el éxito que se le auguraba, hacía falta algo más que el convencimiento de que Pericles estaba en lo cierto cuando había proclamado: «El secreto de la felicidad es la libertad, y el secreto de la libertad es el valor.»

Con valentía, por lo menos, se había proclamado también en esta conferencia: «Nosotros, liberales de diecinueve países reunidos en Oxford en un tiempo de desorden, pobreza, hambre y miedo causado por dos guerras mundiales,

»Convencidos de que esta condición del mundo es debida en gran parte al abandono de los principios liberales,

»Afirmamos nuestra fe definida en esta Declaración...»

Lo que sigue, al tenerse ocasión de leerlo veintiún años después, gracias en este caso al señor MacCullum Scott, que lo incluye en uno de los apéndices de un libro interesante y para algunos sin duda valioso también, dice claramente que hay cosas que no necesitan del fracaso para contar como poco o quizá nada. Porque para que algo fracase hace falta haber contado antes con ello. Y el liberalismo como fuerza

NOTICIAS DE LIBROS

política organizada, ¿qué ha sido en el mundo de la posguerra en general, salvo excepciones muy contadas, y, en particular, en el mundo de la posguerra europea?

Uno de los primeros pasos dados en serio para hacer que renaciese y se vigorizase una auténtica fuerza política liberal, algo más real y efectivo que aquella «Entente des Partis Libéraux et Radicaux» de que había sido presidente el francés Edouard Herriot y que se había reunido alguna que otra vez en conferencias internacionales en los años de la posguerra anterior, fue una conferencia celebrada en Bruselas. La delegación británica era, advierte míster MacCullum Scott, «la mayor... Era extraño que el más pequeño y políticamente menos significativo de los partidos liberales europeos fuese el más fuertemente representado, pero ese fue el deseo de nuestro anfitrión. Sólo después de haberme aclimatado a la atmósfera de Bruselas empecé a comprender el papel todavía tan importante que el liberalismo británico seguía jugando en el continente (europeo)». Y observa a continuación que los belgas habían preparado un folleto para su centenario, en cuya primera página se podía leer:

«Tres fuerzas políticas dividen el mundo:

El comunismo, que mira hacia Moscú;
el catolicismo social, que mira hacia

[Roma;

el liberalismo, que mira hacia Londres.】

Y añade el autor de «Experiment in Internationalism»: «Yo me sentí inclinado a considerarlo como una bonita consigna política, pero la actitud de nuestros colegas participantes en la conferencia de Bruselas (entre los cuales se encontraba don Salvador de Madariaga, que fue, en 1948, el primer presidente de la Internacional Liberal) fue demostración de que algo de verdad había en todo ello». Y por algo más, era de suponer, que el hecho sencillo de que el liberalismo había surgido de fuentes inglesas, porque sigue observando esta figura del liberalismo británico de estos días, después de Locke, Hume y Hobbes vino «la mano que Inglaterra tendió a todos los movimientos libertarios del continente, y a duras penas existía un país que no se hubiese enriquecido con los exiliados que Inglaterra había alimentado y después enviado de vuelta a casa para poner en práctica lo que habían aprendido. Quizá Francia hubiese sido la menos afectada de esta manera, pues contaba con su propia tradición revolucionaria y había sido a sus reaccionarios a los que habíamos concedido asilo; posiblemente no sea coincidencia pura en que la oposición a la entrada británica en el Mercado Común haya venido de Francia, mientras que otros miembros de la Comunidad han luchado y siguen luchando por la inclusión británica».

J. M.